

Hay momentos en la vida en que nos invade la incertidumbre y es ahí donde pesamos la fragilidad de nuestra naturaleza humana, incapaz de controlar todas las variables. La fe es lo único que nos podría sostener en esos momentos, como si fuese un hilo delgado que nos conecta con nuestro Dios, con lo trascendente. Mas, ¿qué es lo que vivimos en ese instante? Son momentos en que se pone en juego la seguridad en donde nos hemos parado, el piso donde pisamos y el fin último en donde se encuentra nuestra verdadera esperanza. Es decir, el lugar que le hemos dado a la esperanza bajo nuestros parámetros pequeños y llenos de humanidades. Momentos en los cuales estiramos las manos buscando asirnos a un puerto seguro y parecería que no hay nada del otro lado. ¿A dónde nos llevan entonces tales momentos? ¿Hasta qué punto es la fe lo único que me sostiene? O simplemente Dios nos permite ver la flaqueza de nuestra fe y la debilidad de nuestro empeño.

Momentos que nos parecen oscuros y que parece que caminamos a ciegas. Y que el ser busca como una necesidad imperiosa el equilibrio y hay quienes lo viven con desenfreno hasta la desesperación. Es ahí donde la esperanza debería renacer y alimentar nuestra fe. Es ahí donde la voluntad se fortifica en el ánimo y convencimiento pleno de las promesas de Dios sobre el alma fiel. Son aquellas circunstancias y momentos en los que el alma debe dar un salto interdimensional. Sí, cambiar de espectro, hacer batalla contra uno mismo, lograr el autodomínio, y pararse firme en él.



Violeta de Jesús

Mas ¿cómo hacerlo? Reafirmándonos en su Palabra y haciéndola nuestra. Carne de mi carne. Sangre de mis venas. Pasión de mi alma ¡sin permitir que nada ni nadie me la arrebate! Sacando toda la potencia del alma para buscar el ánimo y la motivación completa para triunfar en tal batalla. Haciendo que anide en mi alma “esa” palabra y entonces sí será total, radical y de calidad la fe y como dice la Escritura. Será “de todo corazón”. No hay plegaria que no alcance el cielo cuando esta es hecha con toda la pureza de la intención y sin contaminaciones egocéntricas y humanas, sino, por el contrario, empapadas por un amor sincero y real, incondicional que piensa en el otro más que en uno mismo y con todo el empeño del ser, hasta convertirse en clamor del alma mía. No hay oración, así dirigida, que caiga en el vacío. No. Y dejando al lado el anhelo de querer comprender o de darle paso al buscar controlar las situaciones, con pensamientos, para nosotros, entendibles ante el misterio de lo que no vemos. Entonces la fe que se convierte en certeza es lo único a lo que verdaderamente nos agarramos y entonces a ella nos abandonamos, y vendrá como fruto una esperanza nueva que nos llenará de paz y alegría de saber que quien en Él confía, jamás será defraudado. Dice Yahvéh: “que bien me sé los pensamientos que pienso sobre vosotros - oráculo de Yahvéh - pensamientos de paz, y no de desgracia, de daros un porvenir de esperanza. Me invocaréis y vendréis a rogarme, y yo os escucharé. Me buscaréis y me encontraréis cuando me solicitéis de todo corazón” (Jr. 29, 11-13). He ahí su palabra y su promesa.



Violeta de Jesús